

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos.

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Volumen 1, Número 1, Julio 1992

El judeo español: Una lengua judía en peregrinación por el Mediterráneo

Isaac Benabú

pp. 12-15



En conmemoración de los 500 años de la
expulsión de los judíos de España

El judeo español: Una lengua judía en peregrinación por el Mediterráneo

Isaac Benabú

Lenguaje. El judeo español es un lenguaje hablado y escrito por judíos de origen hispánico. Su fonología, morfología y léxico derivan, en su mayor parte, del español previo al siglo XIV y, similarmente a otros idiomas judíos, la influencia del hebreo es particularmente notoria en las áreas lexicales asociadas con la práctica y observación

del culto religioso y, en forma más restringida, en el uso de palabras y conceptos hebreos para expresar tabúes y sentimientos. Este idioma ha acuñado, a través del contacto con aquellos países mediterráneos en los que se

asentaron los judíos luego de su expulsión de España en 1492, un número de elementos lexicales, así como un número más reducido de rasgos morfológicos y sintácticos, del turco, árabe, francés y, en menor escala, del italiano.

Al salir de España, comunidades enteras de judíos se dirigieron al este, cruzando Italia en su camino hacia los territorios del Imperio Otomano, en respuesta a la invitación del Sultán Bayazid II. Estas comunidades promovieron centros importantes en los actuales estados de Turquía, Grecia, Israel y Egipto, y centros más pequeños en Yugoslavia, Bulgaria, Rumania y la isla de Rodos, todos los cuales existieron

Isaac Benabú estudió en las Universidades de Londres y Cambridge, especializándose en el teatro del Siglo de Oro y en Filología española. Actualmente enseña en la Universidad Hebrea de Jerusalén, en los departamentos de Teatro, Estudios Españoles y Latinoamericanos y Filología Románica.



אישה אוטרה קי אזי פכה
אה לה קאשה אי נאדה די חמץ
דינטרו לי דישה :

hasta la segunda guerra mundial. Su habla es descrita por los lingüistas como “judeo español oriental”. Ya aproximadamente un siglo antes de la expulsión, judíos españoles perseguidos encontraron refugio en el norte de Africa, y comunidades de habla judeo española se desarrollaron también en la costa norte de Marruecos. El habla de esta zona, notablemente parecida a su contraparte oriental en lo que respecta a la fonética y la retención de antiguos lexemas españoles, es denominada “judeo español occidental”. El siglo XX es testigo de la aniquilación de numerosas comunidades judías del Mediterráneo oriental por la persecución nazi, y a fines de los años '50, este mismo temor a la persecución amenaza a las comunidades judías marroquíes. Con el desplazamiento y la

dispersión de las antiguas comunidades de habla judeo española de sus centros tradicionales –en su mayoría hacia Israel, pero también a Europa, Norteamérica y Sudamérica–, los hablantes de judeo español entraron en contacto con los idiomas de sus nuevos países y, ocasionalmente, los adoptaron.

Un debate actual sobre la nomenclatura del J-E presenta ciertos puntos interesantes acerca de la evolución y la conciencia lingüísticas. En el Mediterráneo oriental este lenguaje es designado con una variedad de nombres. En general, dos personas que hablan el mismo idioma no sienten necesidad de identificar el lenguaje que hablan; sin embargo, esta necesidad se hace presente cuando éstos entran en contacto con hablantes no nativos. Esto podría explicar porqué, paralelamente a la destrucción de las comunidades tradicionales del Mediterráneo oriental, surge la confusión en los nombres atribuidos al idioma. *Spañol* es quizás el nombre más común entre los hablantes, con su indudable referencia a sus orígenes culturales y lingüísticos. Su empleo profuso es confirmado por la acuñación del hebreo moderno: *Spañolit* (*Spañol* + el sufijo hebreo de sustantivos), nombre con que hasta muy recientemente se referían al idioma en Israel. *Ladino*, probablemente el nombre documentado más antiguo, posee actualmente la mayor difusión, ciertamente en Israel, en la que se encuentran las mayores

comunidades hablantes del mundo moderno. (El término posee otra acepción, la cual será discutida más adelante).

Los nombres *Judezmo* y *Judio/Jidio*, registrados en algunas publicaciones comunales del siglo XIX y comienzos del XX, poseen claramente la función de señalar la identidad judía de los hablantes. *Judezmo* es la palabra J-E para “Judaísmo”, y por esta razón es empleada actualmente por ciertos investigadores que desean, por motivos ideológicos, trazar una ecuación semántica entre *Judezmo* e *Iddish*; sin embargo, pareciera un poco tardío intentar otorgar un nuevo nombre al idioma. Enfrentados con la pluralidad terminológica, los investigadores han optado generalmente por el término más descriptivo y neutral: “Judeo español”.

En el Mediterráneo occidental, la referencia al lenguaje es *hakitia* (formada por el término árabe marroquí *haka* “conversar” + el sufijo de diminutivo); es interesante notar que, con el renovado impacto del español moderno en esta área durante el siglo XIX, el término es reservado por los hablantes para describir un lenguaje humorístico, abundante en formas arcaicas de español y en arabismos hispanizados, o para referirse al lenguaje tal como era hablado en el pasado distante. Aunque el *hakitia* es más similar al español moderno que su contraparte oriental, aún conserva muchos rasgos característicos del idioma.

Hasta comienzos del siglo XX el idioma se escribía casi siempre en caracteres hebreos, a base del alfabeto hebreo común, con algunas modificaciones para los fonemas hispánicos, la mayoría en forma de marcas diacríticas. Los primeros textos aparecieron en caracteres “cuadrados”, con o sin vocales, pero la gran masa de material impreso está en letra cursiva. Una caligrafía conocida como “solitreo” es aún empleada por los hablantes nativos, por ejemplo, en su correspondencia personal. Las reformas del idioma turco de 1928 que prohibieron el uso de la escritura semítica, condujeron, comprensiblemente, a la adopción del alfabeto romano también en las comunidades hablantes de J-E, en una época que coincide con la fragmentación del mundo J-E. Es así que el lenguaje carece de un sistema convenido de romanización moderna, aunque, paradójicamente, la ortografía en caracteres hebreos ha sido notoriamente uniforme.

Dos puntos de vista prevalecen acerca de los orígenes del J-E. Uno sostiene que los judíos de la España medieval hablaban el mismo lenguaje que sus coetáneos no judíos, aunque recurrían a términos hebreos para expresar conceptos religiosos y culturales inexistentes en español (e.g., *shabbat*), preservando, al mismo tiempo, un número de arcaísmos. Desde este punto de vista, el lenguaje

adquiere una identidad lingüística separada, sólo después de 1492. La segunda opinión, la cual está ganando mayor difusión, mantiene que, en tanto que el J-E es esencialmente una forma de español medieval hablado, posee, sin embargo, características propias desde mucho antes de 1492, no sólo debido a la presencia de palabras hebreas, sino también debido a las condiciones socio-lingüísticas peculiares que afectaron a las comunidades judías durante su larga historia en la Península Ibérica, y a la gran receptividad lingüística que tenían los judíos hacia la cultura arábiga en decadencia. Así, el préstamo arábigo *ahad* (“el primer [día]”) es preferido al término español *domingo* (del latín (DIES) DOMINICUS “el día del Señor”) de connotaciones cristianas; *ahad* aparece en textos medievales y continúa en uso tanto en el J-E oriental como en el occidental.

Literatura. Las primeras ediciones de las traducciones de la Biblia al J-E datan del siglo XVI, aunque se considera que éstas reflejan una tradición más antigua, elaborada por los judíos españoles mucho antes de su expulsión. Los investigadores generalmente se refieren al lenguaje de esos textos como *Ladino*, el cual se caracteriza por una artificialidad que impregna esencialmente el léxico y la sintaxis, artificialidad que es la consecuencia de un método de traducción cuya



לה באינה מוגיר קי ואה
כשראנרו סו לוסייה :

norma es una rigurosa adhesión al original hebreo. Es comúnmente aceptado que estos textos no reflejan el lenguaje hablado, aunque es posible notar con claridad rasgos comunes a ambos. Entre las primeras obras de esta categoría se encuentran una versión políglota del Pentateuco (Constantinopla, 1547), en la que el texto hebreo está acompañado de una traducción al ladino, y de una traducción al judeo-griego, y una versión del Antiguo Testamento, impresa en Ferrara y conocida como la Biblia de Ferrara (1553), la cual es la obra más antigua en ladino que apareció en caracteres románicos (fue reimpressa y revisada en Amsterdam durante los siglos XVII y XVIII). Dos siglos más tarde (1739-45) fue editada por Abraham Assa, en Constantinopla, la primera traducción completa al ladino del Antiguo Testamento en caracteres hebreos, y ediciones de la

misma continuaron apareciendo a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Este método excesivamente literal de traducción, era tan ampliamente aceptado que hasta fue adoptado en el pasado por misioneros cristianos en su traducción de la Biblia J-E, la cual apareció en Constantinopla en 1873. El mismo método se refleja en traducciones de obras litúrgicas que aparecen en el siglo XVI por primera vez, y continúan apareciendo hasta el presente. Entre ellas se encuentran la traducción ladina del libro de rezos diarios y de fiestas, fragmentos de un MS que data de antes de la expulsión, la *Haggadah*, y los *Pirke'Avot*. La literatura de la *Halahah* del siglo XVI también despliega este método de traducción e incorpora mucha fraseología hebrea; sin embargo, el lenguaje no muestra el mismo grado de rígida adhesión al hebreo, que se percibe en la Biblia Ladina y en las traducciones de textos litúrgicos. Entre esta literatura se encuentran una traducción de *Hovav ha-Levavot* por Bahya ibn Paquda (Salónica, 1568), y una selección del *Shulhan Aruch*, de Yosef Caro (Salónica, 1568), titulada *Shulhan Ha Panim*.

El lector de literatura J-E, en oposición a la literatura ladina, puede sorprenderse del hecho de que el lenguaje leído refleja una variedad hablada y no literaria. La sensación es de una fuerte tradición de literatura oral, la cual, eventualmente, ha sido transcrita al papel. Un caso notable de este tipo son las

baladas tradicionales conocidas como *romances*, las cuales comprenden muchos ejemplos medievales de este género, así como obras más recientes elaboradas según el modelo tradicional. Pero textos españoles en caracteres hebreos constituyen también los primeros testimonios de la



אי אישטה סירני לה ארינה
אי איל פלור פארה לאש מצות
קין טודו קוראסון לו טירה

creación literaria española. Las jarchas de grandes poetas de la Edad de Oro de la poesía hebrea en España, como Yehudah Halevi (siglos XI y XII), incorporadas al acervo poético español, son un ejemplo de ello, así como lo es un fragmento del siglo XV de un antiguo poema en J-E sobre la historia bíblica de José, *Coplas de Yocef*. Es también notable que uno de los MS de la obra de Santob de Carrion (Shemtob ibn Arduviel) del siglo XIV,

Proverbios morales, esté en caracteres hebreos.

La obra J-E más conocida y más traducida de los poetas de la época del exilio es el *Me'am Lo'ez* (Constantinopla, 1730), la cual fue iniciada por Yaacov Khuli y fue continuada durante un largo período, en forma de serie, por un número de diversos autores que escribieron bajo el mismo título. Obra Midráshica, el *Me'am Lo'ez* está estructurado principalmente a base del Pentateuco y despliega los orígenes del pensamiento judío. El comienzo del siglo XIX es testigo del crecimiento de la literatura secular, popular en su mayoría, y que incluye un respetable corpus de composiciones originales, tales como novelas, cuentos, obras de teatro, historias populares, etc., así como adaptaciones de las novelas europeas más importantes de esa época, en las que la influencia del francés en el J-E es notoria. Esta influencia puede observarse también en la prensa J-E que empieza a florecer en el Mediterráneo oriental en la misma época; actualmente, sólo un pequeño número de esos periódicos sigue publicándose.

Es así que no cabe duda de que asistimos a la lenta desaparición del J-E como lengua hablada. Los registros lingüísticos tradicionales son reemplazados por lenguajes co-territoriales, y el idioma ya no es normalmente transmitido a las siguientes generaciones. En la actualidad, en el mundo se

encuentran esparcidos solamente pequeños grupos de hablantes nativos, generalmente de edad muy avanzada. Sin embargo, aunque la lengua hablada pareciera, aún hoy, constituir el principal vehículo de transmisión de la cultura J-E, a medida que ésta “muere”, más y más personas parecieran tomar la pluma a fin de escribir en lengua J-E y acerca de ella. A primera vista, esto podría parecer paradójico. No

obstante, la lengua hablada encuentra en la lengua escrita un medio de subsistir, y esta relación se convierte, a su vez, en un vehículo más para la transmisión de la cultura y para evitar su desaparición.

Universidad Hebrea
de Jerusalén

(Traducción del inglés
realizada por Mery Erdal)



אישה מוגיר קי איל שו קוברי
אי אישטאניו אישפריגה קומו
און אישפיגיוו :

LECTURAS ADICIONALES

Armistead, Samuel G. & Joseph H. Silverman: *Folk literature of the Sephardic Jews, I* (= The Judeo-Spanish Ballad Chapbooks of Yacob Abraham Yona), (Berkeley: University of California Press, 1971).

Benabú, Isaac & Joseph Sermoneta (eds.): *Judeo-Romance Languages* (5 articles on J-S), (Jerusalem: The Hebrew University & Misgav Yerushalaim, 1985).

Benoliel, José: *Dialecto judeo-hispánico-marroquí o hakitía*, ed. Rafael Benazeraf (Madrid: Copisteria Varona, 1977).

Harris, Tracy K. (ed.): *Sociology of Judezmo: the Language of the Eastern Sephardim*, *International Journal of the Sociology of Language*, 37 (1983).

Sala, Marius: *Le judéo-espagnol* (= *Trends in Linguistics, State-of-the-Art Reports* 7), (The Hague-Paris: Mouton 1976).

Sephiha, H. Vidal: “Théorie du Ladino: additifs”, en *Mélanges offerts à Charles Vincent Aubrun*, ed. H.V. Sephiha, II (Paris: Editions Hispaniques, 1975), 225-90.



Las
ilustraciones
fueron
tomadas
de la
Hagadá
shel Pésaj,
impresa en
Livorno,
1892, por
Shlomo
Belforte.